

PLEGARIA CONSTANTE

Homilía en Te Deum Ecuménico de Fiestas Patrias

18 de septiembre de 1981

Hace 171 años en un lugar cercano al Templo en que nos encontramos reunidos, en el edificio del Consulado, resonó el grito de libertad que los chilenos de aquella época lanzaron expresando un profundo y sentido anhelo del pueblo de Santiago del Nuevo Extremo: ¡Junta queremos!

Nació así el primer gobierno autónomo de esta alejada colonia española que, a pesar de su pequeñez y de su pobreza, había alcanzado y a la madurez necesaria para reivindicar el derecho para gobernarse por sí sola.

Comenzó, entonces, la gesta de la independencia con sus éxitos y sus fracasos; con sus hechos heroicos y sus dolorosos desastres. Comenzó también en aquella hora la plegaria constante de la familia chilena por su patria.

La Iglesia que había acompañado a los hombres de armas en las duras tareas de la conquista, que había suavizado el fragor de las luchas y que había sabido recordar los valores trascendentes e inmortales necesarios para fundar un pueblo organizado, para hacer nacer una patria, en la hora de la independencia, alzó su plegaria por Chile, por sus hijos, e interpuso su influencia para rehacer la unidad de la dividida familia chilena.

En el azaroso camino de esta gesta no exenta de sangre y de lágrimas los protagonistas de ella acudieron reiteradamente a este Templo a implorar la protección del Dios de la historia para obtener la libertad y la paz. Fue a esta iglesia Catedral adonde acudió el pueblo entero de Santiago, presidido por el hombre que personificaba a la patria naciente, el Director Supremo don Bernardo O'Higgins, herido en su cuerpo y angustiado en su espíritu, la víspera de Maipú, para implorar a la Madre de Jesucristo el triunfo de la causa de la libertad de Chile. Hoy, después de casi dos siglos de vida como nación libre y soberana, en que los chilenos hemos sabido escribir muchas páginas de historia que honran a nuestros antepasados y que han engrandecido a la patria, cumpliendo una noble tradición, venimos una vez más a orar por Chile, a orar por nuestras grandes necesidades, a orar por todos los chilenos y especialmente por los que más necesitan de nuestras oraciones: los pobres, los que sufren, los marginados, y en el otro ámbito, los que tienen la enorme responsabilidad de ser los constructores de la patria pluralista de hoy.

Hace algunos años, en este mismo Templo dijimos: todos nosotros somos los constructores de la obra más bella: la patria. Esa patria no comienza hoy con nosotros, pero no puede crecer y fructificar sin nosotros. La recibimos con respeto, con gratitud, como una tarea hace muchos años comenzada, como un legado que nos enorgullece y nos compromete a la vez. Por eso que una patria no puede echarse a andar por cualquier camino: la patria no se inventa, se

descubre, y se revitaliza siempre en la fidelidad a su patrimonio de origen; porque es fundamentalmente un alma, alma colectiva, alma de un pueblo, consenso y comunión e espíritu, que no se puede violentar ni torcer, ni tampoco crear por voluntad de unos pocos.

Por eso hoy elevamos nuestras plegarias al Todopoderoso, para que los chilenos sepamos realizar con éxito la más importante de las tareas de la hora presente: encontrar el consenso; más que eso, consolidar la comunión en aquellos valores espirituales que crearon la patria en su origen.

La Iglesia, al dirigirse a los hombres que tienen sobre sus hombros la pesadísima responsabilidad de renovar en esta hora la sociedad chilena, de echar las bases de su futura grandeza, lo hace con humildad y respeto hacia los responsables del manejo de la cosa pública y constructores de la nueva sociedad chilena; lo hace también en nombre del Señor, su Fundador, de quien ha recibido el mandato de enseñar a los hombres a construir la civilización del amor.

La Iglesia se declara experta en humanidad y es precisamente en Cristo en quien la Iglesia se siente experta en humanidad. Además, Ella está ligada a Chile y a su historia de tal manera que eliminarla sería cometer el delito de lesa patria al mutilar su patrimonio sociocultural y al destruir la base sobre la cual descansan los valores espirituales que constituyen el alma de Chile.

En el nombre del Señor queremos seguir proclamando la verdad sobre el hombre, animando todas sus aspiraciones de justicia, de paz y de libertad.

Es el futuro de nuestra patria lo que nos preocupa y nos urge, es el Chile del mañana el que está en el centro de nuestro corazón y de nuestra esperanza, y es por él por quien sufrimos y por quien oramos. Somos llamados por Dios a edificar un futuro de paz, de prosperidad y de concordia; un futuro que sólo será garantizado cuando todo ciudadano, según las propias responsabilidades, y con una sola preocupación común, pueda crear y mantener relaciones sociales basadas en el respeto del bien común, que pone en el centro de todo al hombre que es hijo de Dios.

Al proponer este Mensaje de justicia y de amor, la Iglesia es fiel a su Maestro. No considera que sea su tarea entrar en materias políticas, pero sabe que está al servicio de la humanidad entera. Está convencida que es su derecho y su deber, promover una pastoral social, es decir, emplear los medios pacíficos que le son propios, y ejercer su influencia para establecer una sociedad más justa, más respetuosa de los derechos de todos donde el hombre pueda desarrollarse en plenitud y alcanzar el bien inestimable de la paz.

Si nosotros quisiéramos en esta hora señalar algunos de los más queridos y nobles ideales del pueblo chileno, no tenemos más que oír nuestro Himno Patrio, para saber que el primero de los rasgos que configura nuestra fisonomía espiritual, es el primado de la libertad sobre todas las formas de opresión. Como ya lo dijimos en otra oportunidad, hay algo en nuestra alma que es como un componente esencial: el amor a la libertad y la costumbre de

vivir en libertad. El chileno considera a la libertad individual y nacional como el bien supremo, superior incluso a la vida misma. En Chile no tiene cabida ni vigencia ningún proyecto histórico, ningún modelo social, que signifique conculcar la libertad personal o la soberanía nacional. El cuerpo social sería incapaz de asimilarlo, por extraño a su esencia.

Otra nota característica del alma nacional, que podríamos llamar el segundo rasgo definitorio de nuestro ser espiritual, es lo que designamos como el primado del orden jurídico sobre todas las formas de anarquía y arbitrariedad. En la historia del acontecer chileno, en sus primeros años, brilla como una estrella de primera magnitud el amor al orden y al derecho. Ello solo explica la rara excepción que constituyó entre las repúblicas hermanas, la república de Chile. Aquí no se dan la anarquía ni las revoluciones, predomina incontrastado el amor a la libertad y al orden. Don Manuel Montt lo expresará en forma precisa, que podríamos llamar clásica: “en Chile predominan el imperio de la libertad y el orden en el Gobierno público, no el rol de la libertad con mengua del orden, ni el del orden con mengua de la libertad, sino la justa armonía de estos dos principios salvadores de la República”. Los chilenos siempre hemos sabido que la armonía entre el orden y la libertad es la base necesaria e insustituible de la vida republicana.

El respeto al derecho va estrechamente unido al respeto al hombre, sujeto del derecho. Desde los albores de la nación chilena el conquistador comprendió, y la Iglesia se lo recordó innumerables veces, que el indio que luchaba como él por su patria y su libertad, poseía un alma humana, creatura de Dios y sujeto de todos los derechos. La Iglesia defendió al indio y al explotado e inculcó en sus hijos el respeto y el amor por todos los habitantes de esta tierra, por pobres y humildes que ellos fueran.

De ahí surgió en la mayor parte de los chilenos el innato respeto a los derechos del más débil, del humilde y grande constructor de la patria en todas sus enormes empresas, tanto en la guerra como en la paz. El humilde trabajador, el humilde soldado, el roto chileno que con la pala o con el fusil labran la grandeza de Chile. Todo chileno amante de su nación lo sabe, tiene gran simpatía por el hermano obrero o el hermano campesino, gestor principal de la grandeza de la patria, cuyo trabajo es el capital más valioso con que cuenta Chile, según lo ha recordado recientemente el Santo Padre, y por lo cual el chileno de verdad sabe respetar y reconocer los justos derechos de este anónimo, sacrificado y heroico constructor de su patria.

Corolario de este respeto al derecho es la posibilidad de discrepar, nota que singulariza la convivencia chilena en toda su historia. Los desbordes de la intolerancia y del fanatismo sectario constituyen entre nosotros una excepción, un baldón. La persecución y la venganza política son injertos extraños al alma nacional.

El amor a la verdad es, sin duda, otro de los grandes valores de la nación chilena. La farsa, la mentira, los ídolos, no tienen cabida en el alma nacional. La mentira, el odio, el pecado y la muerte, no prevalecerán. A la postre, todo el odio pasará y toda mentira será develada. Sólo quedará la patria: la familia de

hombres que juntos vivieron, lucharon, creyeron y esperaron. La familia de hombres que renunciaron a odiarse porque tenían muy poco tiempo para amarse.

Así es como vemos a nuestra patria, así es como admiramos y amamos el alma de Chile, don magnífico del Señor de nuestra historia, del Dios bendito, Padre de Jesucristo, nuestro Salvador. A Él presentamos como ofrenda sagrada a la patria chilena, constituida por sus hombres, por su pueblo, sin distinción ni excepción alguna; a Él le pedimos que bendiga a esta nación, haciéndola siempre fiel a los grandes ideales que iluminan el alma nacional.

No queremos terminar esta evocación del alma de Chile sin agradecer al Padre bondadoso de todos nosotros por los bienes recibidos y los favores dispensados.

No podemos dejar de agradecer a Dios por la mediación del Santo Padre en el diferendo chileno-argentino. Agradecemos a Dios por la capacidad, justicia y bondad que siempre nos demuestra el Mediador; todo lo cual es presagio seguro del éxito. Agradecemos también a Dios por la inteligencia y sabia cooperación que el Santo Padre ha encontrado en hombres de Argentina y Chile.

Pero sobre todo, agradecemos a Dios por la equilibrada, inteligencia y justa actuación de nuestro Gobierno en tan delicado problema. Que Dios bendiga y siga ayudando a nuestros gobernantes para obtener el preciado bien de la paz para nuestros pueblos.

Agradecemos al Señor por nuestra tierra, henchida de metales y riquezas; por nuestros mares que nos ofrecen inagotables bienes para nuestra subsistencia y bienestar.

Pedimos al Señor que de tanta riqueza y abundancia los chilenos de hoy sepamos usar para nuestro desarrollo, legando a nuestros hijos los tesoros inagotables que el Dios del Amor y Bondad ha dado a todos los habitantes de esta tierra.

Terminamos elevando nuestra petición a Dios por Chile, del que Pedro de Valdivia escribió: "Esta tierra es tal que para poder vivir en ella y perpetuarse no hay mejor en el mundo".

Hoy como ayer traemos al altar, como ofrenda sagrada, esta tierra de Chile – con sus hombres nuestro pueblo, sin distinción ni excepción alguna; con esa vocación de todos a ser libres; ese derecho de todos a sentirse hijos, ese deber de todos a ser padres de un nuevo Chile. Un Chile que siga siendo hasta que Cristo vuelva, la tierra mejor que hay en el mundo.

ASÍ SEA

Santiago, 18 de septiembre de 1981